Como se ve, no quiero hablar aquí del amor ciego é ininteligente de la madre que sólo alcanza á desear una absoluta dominacion sobre sus hijos, y que más que abrirles el camino de la vida y de la inteligencia, se los obstruye todos. Hablo del amor á la vez inteligente y apasionado, como del bello ideal del cariño materno; pero áun aquél es á mis ojos respetable, pues si en sus manifestaciones es errado, en el fondo es grande y lleno de abnegacion.

En el artículo siguiente hablaré de la triste influencia que su madre ha tenido en el destino de otro hombre ilustre, y á la vez muy desventurado.

LA MADRE.

—

ARTÍCULO TERCERO.

I.

Triste es el ejemplo que vamos á ofrecer á nuestros lectores, y, sin embargo, le elegimos entre muchos, como el más elocuente y como el más propio para manifestar hasta dónde llega la influencia de la madre sobre su hijo.

Ya hemos visto la saludable que ejerció Mad. de Lamartine en el suyo; hablemos de la funesta, de la tristísima, que Lady Byron tuvo en el carácter y en el destino del ilustre poeta que le debe la vida.

La orgullosa y severa Inglaterra se envanece, y con justísima razon, de contar entre sus hijos al poeta cuyo nombre ha llenado con su gloria al mundo entero; pero si esa nacion, moral por excelencia y amante de la familia, separa sus ojos de madre de la entidad *poeta* de Lord Byron, y los fija en la entidad *hombre* del mismo, es seguro que los cerrará avergonzada.

Lady Byron estaba dotada de una hermosura encantadora y de un talento tan grande, que no podia comprenderse sin asombro, ó más bien que podian comprender muy pocas personas, pues sólo la inteligencia grande es la que sabe medir y apreciar la grande inteligencia.

Lady Byron no fué dichosa en su matrimonio; á pesar de sus sobresalientes dotes de talento y de hermosura, ó quizá á causa de estas mismas dotes, mal apreciadas de su marido, detestó el lazo eterno que á él le unia, y el nacimiento de su único hijo Jorge la causó más disgusto que placer.

La muerte desató su cadena conyugal, y, viuda ya, amó ó creyó amar muchas veces, engañándose siempre y mirando caer á sus piés los ídolos que su propia imaginacion habia levantado y vestido con doradas galas.

En la perpétua tempestad de su vida, poco ó nada pensaba en su hijo, que desde su más tierna edad escandalizaba, con los arrebatos de su carácter, á los sesudos profesores y á los inocentes educandos de los colegios de nobles de Harrow y de Cambridge; si Lady Byron hubiese modelado desde entónces el carácter de su hijo con el blando cincel del amor materno, seguramente no se hubiesen desencadenado más tarde las furiosas pasiones, que sumergieron la gigantesca naturaleza de Jorge en el abismo de todos los excesos.

Aquella madre fatal reunia una razon débil á una imaginacion ardiente y soñadora y á un corazon árido y frio; su salvaje orgullo le hacía negar todo cuanto no comprendia; sus creencias religiosas, débiles siempre, desaparecieron por completo cuando más falta le hacian;

cuando la edad del amor habia pasado; cuando su cabeza, rehusando abrigarse bajo la santa bandera de la fe cristiana, debia quedar expuesta á todas las tempestades de la vida.

II.

Jorge Byron fué á la casa maternal, expulsado del colegio por su desarreglada conducta, hija sobre todo del abandono en que su madre le dejaba; y en vez de hallar en aquella madre una amiga tierna y previsora, halló una mujer dura, fria, indiferente para él, y que en su helado y extraño escepticismo, se reia de las cosas más santas, y se burlaba de todo.

No se lanza á traves de las selvas el caballo que ha roto el freno con más ardor y bravura en la carrera, que el jóven Lord se lanzó en todos los excesos de la vida libertina; juzgó á todas las mujeres en su madre, y á todas las despreció, siendo para él juguetes que le divertian más ó ménos tiempo; sus poemas *Childe Harold*, *El Corsario*, *Chiam*, *La Desposada de Abidos*, *Lara* y *Don Juan*, elevaron su fama al más alto grado de la gloria; pero ¡qué vida la del poeta! viajando sin cesar para olvidar el vacío que ni la gloria podia llenar, cansado de honores y de riquezas, consumido de hastío, Jorge Byron era el hombre más desgraciado de la tierra.

Fatigado de su deplorable existencia, quiso ver si ha-

llaba la calma en el puerto del matrimonio, y obtuvo la mano de Mis Milblanc, jóven encantadora, que le dió pronto una hija; pero los lazos de la familia se le hicieron insoportables al poco tiempo, y huyó á Ginebra, trasladándose despues á Florencia.

Para que no existiese una desdicha que Jorge no apurase, le llegó la hora de amar verdadera y profundamente, cuando ya estaba unido á otra mujer; la Condesa de G... fué la que le inspiró el único amor de su vida, y la Condesa estaba casada como él.

No es de este lugar el referir los escándalos que estos amores produjeron: la Condesa, cansada del carácter de Byron, agobiada con la esterilidad de aquel corazon que sólo por ella latia, pero que en todo lo demas era de piedra, tuvo, por fin, el noble valor de desprenderse de tan funestos lazos, y Lord Byron, desesperado, recorrió la Grecia y se ocupó en conspirar, hasta que á los treinta y siete años murió de una fiebre inflamatoria, asistido y cuidado solamente por un fiel criado suyo.

III.

Tal fué, considerada á grandes rasgos, la vida de este gran poeta, de quien una madre tierna y piadosa podia haber hecho un buen ciudadano, un buen esposo, un buen padre, y sobre todo, un hombre feliz, y que fué el más desgraciado de los vivientes y uno de los hombres más bajamente viciosos.

Aquel que estudie el carácter y los escritos de Lord Byron hallará entre unos y otros las más extrañas contradicciones; escéptico en su vida, se lamenta amargamente de no haber nacido católico; aristócrata por la cuna y el carácter, hace alarde de despreciar las preocupaciones de su clase; abomina la disipacion en sus obras, y su vida no es otra cosa que una disipacion continuada; considera el matrimonio como una calamidad insoportable, huye de él, y escribe que el matrimonio es el estado más feliz de la vida.

¡Pobre y enferma cabeza! ¡Pobre corazon extraviado y solitario en los desiertos de la vida! ¡Pobre y gigantesco pensamiento, aspirando siempre á un *más allá* que no encontraba! ¡Si una madre tierna, piadosa é inteligente te hubiera prestado el calor amoroso de su seno; si te hubiera mostrado el cielo con la palabra y con el ejemplo de una virtud suave y sencilla; si te hubiera abierto en su corazon un refugio á todas las decepciones, á todos los dolores de la vida, hubieras sido feliz, aunque no hubiera sido de otro modo que agradeciendo á Dios tu propia grandeza!

IV.

El mundo, casi siempre justo, se ha encargado del castigo de Lady Byron; en vez de rodear su memoria de la aureola de gloria eterna que de justicia se debia á la

madre de tan gran hombre, sólo la representa cubierta con los negros velos del sombrío escepticismo y del helado orgullo.

Deploremos todas las mujeres que aquella mujer ilustre, que aquella madre, no se haya elevado sobre su pedestal de palmas y de flores; deploremos que no adorne su frente la augusta corona del amor materno; ciñéronla, es verdad, la de la hermosura y la del talento; pero ¿qué valen éstas, si no sostiene los suaves y perfumados velos del amor maternal y de la fe cristiana?

¡Nada! Todo perece en la tierra para aquella que, habiendo dado á luz hijos, no puede esperar que se grabe en su losa funeraria:

¡Aquí reposa una buena madre!

LA MADRE.

—

ARTÍCULO CUARTO.

I.

—¡Dadme hijos, Dios mio, ó haced que muera!

Este era el grito que Raquel elevaba al cielo cada dia: éste era el grito de las mujeres de la nacion predestinada, donde todas aspiraban á ser la madre del Mesías.

Este es el grito que hoy tambien se escapa del seno de muchas mujeres, que se inclinan sobre una cuna, áun vacía.

Desde que la mujer siente un hijo en su seno, sólo anhela la venida de este hijo; su corazon se llena de la ternura más fuerte, más pura, más desinteresada; de la ternura que *da siempre*, y que *no recibe casi nunca:* de una ternura que no agotan ni las fatigas, ni los sacrificios, ni áun la ingratitud, que es algunas veces su recompensa; de una ternura que no se asusta de las pruebas más duras y que, cuando tiene su orígen en la sagrada fuente de la religion cristiana, *nutre*, como dice San Agustin, *almas para el cielo.*

Séfora, madre de los Macabeos, supo exhortar á sus hijos á resistir al tirano Antíoco, y á desafiar el horror de los tormentos, porque aquella valerosa madre amaba á sus hijos tanto *y tan bien*, que anhelaba conquistarles, áun á costa del martirio que su corazon sufria al verles martirizar, la felicidad eterna.

«Esta madre era—dice la Escritura—admirable y digna de vivir en la memoria de todos.»

Antíoco quiso conquistar por el prestigio de las riquezas y de los honores al más jóven de los hijos, al Benjamin de esta heroica Raquel: mas ella, inclinándose hácia el niño, le exhortó con penetrante energía, y le rogó que fuese digno de sus hermanos y de sí mismo.

«El Rey, inflamado en cólera, fué más cruel con este niño que con sus demas hermanos, y aquél murió confiado en el Señor: la madre sufrió la muerte despues de todos sus hijos» (1).

II.

Virgilio ha celebrado con su poesía encantadora á la madre de Euryalo, la única entre las mujeres troyanas que tuvo valor para seguir el destino de su hijo. Euryalo sucumbe en el combate, y su cabeza, colocada en la punta de una lanza, es paseada ante las tiendas.

La madre, atraida por los gritos de los vencedores, sale del campo de Eneas, á favor del cual combatia su hijo, y vuela al del enemigo, donde aquél ha sucumbido; ve la cabeza de Euryalo; los cabellos de la madre se erizan sobre su frente; su rostro se cubre de mortal palidez; su corazon se ha partido de dolor..... tiembla un instante..... extiende los brazos, y cae con el rostro contra la tierra, para no levantarse jamas.

(1) Libro de los Macabeos, cap. VII.

Santa Mónica, la dulce y amable madre de San Agustin, mostró su amor hácia su hijo, llorando desconsoladamente los excesos de aquél, y ofreciéndose al cielo en holocausto de sus errores.

San Agustin lo dice en estas admirables palabras, dignas de su colosal talento: «Mi madre ha sufrido mucho más para engendrarme á la verdad y á la virtud, que para darme al mundo.»

Estas palabras encierran una elocuente leccion para todas las madres, porque *la maternidad moral* es el complemento de la maternidad material, y no pueden las mujeres ser dignas del sagrado nombre de madres, sino educando á sus hijos y haciéndolos amar la virtud.

Santa Mónica comprendia así su admirable mision: educó á su hijo con más tierno cuidado; le dió los profesores más distinguidos de su tiempo para que cultivasen su talento, y ella se reservó el cuidado de formar su corazon; siguióle á Cartago, á Roma, á Milan, hablándole siempre en lenguaje dulce y penetrante y mostrándole á la vez el ejemplo de todas las virtudes.

Pero todo era inútil: el hijo rebelde, extraviado más bien por su imaginacion ardiente que por su corazon, no escuchaba nada, y saltaba de abismo en abismo; un dia

el peligro en que se arrojó era tan grande, que el corazon maternal estalló en sollozos profundos y desgarradores.

Dios escuchó aquel grito supremo y ablandó el corazon del hijo, que se volvió por entero hácia su madre.

Mónica lloró veinte años; pero obtuvo, no sólo la conversion, sino la santidad de su hijo; murió dichosa y tranquila, y aquel hijo, que fué obispo, lumbrera de la Iglesia y doctor de sabiduría consumada, no podia, ni áun en los dias de su ancianidad, hablar de su madre, sin que una gota de llanto subiese de su corazon á sus ojos.

La historia de San Agustin, de «ese hijo de tantas lágrimas», es el triunfo del amor maternal y de la confianza en Dios.

III.

San Juan Crisóstomo, ese genio admirable, debió á su madre la cultura de su espíritu y la de su corazon; era hijo de una viuda y quiso separarse de su madre para irse á vivir entre los solitarios de Egipto; pero su madre le detuvo por el tierno discurso que la incomparable pluma del santo ha legado á las edades futuras.

«No me hagas viuda segunda vez, le dijo la amorosa madre; no despiertes, hijo mio, un dolor que está sólo dormido; espera que yo muera; ¿no sabes que jamas he querido formar nuevos lazos, ni abrir á un nuevo esposo la casa de tu padre? Era muy jóven cuando le perdí, pero Dios ha velado sobre mí, yo me dediqué por completo á mi hijo y mi corazon estaba lleno de valor; ¡verte sin cesar, mirar en tus facciones un reflejo de las de tu padre, era mi placer de todos los instantes! Antes de que tu lengua pudiera articular el nombre de madre, tu vista sola me daba la vida; no me dejes ahora: cuando hayas acostado mi cadáver en el sitio donde reposan los huesos de tu padre, emprende largos viajes, cruza los mares, pues que serás dueño de tus acciones; pero en tanto que yo respire, hijo mio, sufre la compañía de tu madre y teme el enojo de Dios, sumergiéndome en un dolor que no he merecido.»

Aun hablaba la amable y dulce madre, y Juan, con las dos manos entre las de aquélla, le prometia no afligir su vejez, vencido hasta en su deseo de santidad, por aquel lenguaje tan elocuente y tan tierno.

Aquella santa y noble mujer era admirada hasta por los mismos paganos, y el filósofo Libanius, al verla en su juventud tan bella, tan casta, tan llena de abnegacion, exclamaba:

—¡Qué mujeres hay entre estos cristianos!

San Basilio y San Gregorio Nacianceno debieron tambien á sus madres la perfeccion de sus virtudes; se puede asegurar que no hay en el cristianismo una grande alma, ni un hermoso genio, que no haya tenido una buena y santa madre.

Blanca, la hermosa y adorable Blanca de Castilla, formó el alma de su hijo San Luis.

La Iglesia y la Francia deben su ilustre hijo San Ber-

nardo á su madre Aletha : esta mujer distinguida inspiró á su hijo el gusto de las letras, y cuando Bernardo quiso llamar al camino de la virtud á su hermana Humbelina, le bastó evocar el recuerdo de su madre para que la jóven cayese de rodillas á sus piés.

LA MADRE.

—

ARTÍCULO QUINTO.

I.

De la hermosa, amable é interesante madame de Sevigné es de quien vamos á tratar en este artículo, como de uno de los modelos de amor maternal que conocemos.

Infeliz en su enlace, no obstante que estuvo de acuerdo con su corazon, quedó viuda muy jóven, y en vano fué que se viese rodeada de los más brillantes partidos; quedáronle dos hijos, y se dedicó sola y exclusivamente *á ser madre.*

La Marquesa de Sevigné amaba mucho á sus dos hijos, pero el varon no alcanzó las infinitas pruebas de ternura que dió á su hija Margarita Francisca, que luégo fué la condesa Grignan.

A la ternura maternal que la Marquesa profesaba á su hija se debe esa obra maestra de naturalidad y de gracia, esas *Cartas,* que áun nos interesan tan viva-